

les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó una pierna.

Algunos soldados, tras de los árboles y rocas, vieron cómo, por último, el joven capitán levantó la carabina, tratando de incorporarse para hacer fuego; pero se desplomó boca abajo, muerto, con la boca abierta y espumeante, mordiendo los guijarros de la sierra, á la que con los brazos abiertos parecía abrazar en la última convulsión trágica...

¡Fatal coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2.º de la primera columna, lanzado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplabá sobre ella, había llegado al mismo punto, y allí junto á su infortunado compañero cayó con el cráneo hecho pedazos por tres proyectiles.

También los tenientes coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente, y el otro herido en la cabeza, en la región frontal.

La dispersión fué inevitable entonces. Cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcían los brazos, incorporándose, desesperados, en las más lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un guiñon yacente cerca del cabo que lo portaba, semejaba con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacía aún más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo resplandeciente y hermoso.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escuchaban.

Había terminado el combate.





XVI

CUANDO aquella noche del 16 de Octubre, salió Miguel dando el último beso á Julia, prometiendo verse allá en Tomochic, ella temblando se echó en la amplia cama y allí, bien arropada, esperó temerosa la llegada de Bernardo.

Sentía la candente impresión de las caricias de Miguel y le parecía un sueño aquella hora de delicias supremas, aquel despertamiento de su sér á las primeras impresiones del amor. El recuerdo de todo eso fué una delicada fruición, un tanto amargada por el temor de su partida para el pueblo, en donde tanto había sufrido.

Inquieta y febril, dió vueltas en el lecho, sobresaltada á cada momento por los ladridos lejanos de los perros, que llegaban hasta ella como fatidicos rumores.

La pobre muchacha en su cerebro inculto é igno-

rante, pero vasto y sólido, intentaba resolver el problema de su vida y meditaba sobre el porvenir, ya formando cuadros risueños de amor y de ventura, ó pintándose con negros colores panoramas sangrientos, escenas trágicas y cuadros de muerte.

Amaba ya con todo su corazón juvenil y virginal, á Miguel, á aquel joven que se le presentaba hablándola de amor y de ternura, realizando el mejor de los sueños de su vida y arrojando en la noche de su infortunio un rayo esplendoroso de esperanza. Pero... y precisamente por eso, también pensaba con terror en que ella iría á Tomochic con su padre, con Bernardo, con Cruz, quienes combatirían contra él; que le matarían indudablemente y que acaso á la puerta misma de su casa, vería su cadáver ensangrentado, con los ojos abiertos ligeramente como para mirar por última vez á la mujer amada!

Y en vano en aquella hora de fiebre y de espera trataba de dormir... ¡imposible! con tenaz obstinación tornaban á su mente las imágenes halagüeñas ó fatídicas que le presentaban y le volvían á presentar, arcángeles de gloria protegiendo sus amores ó espectros monstruosos señalándole cadáveres.

Por fin, á las tres de la mañana empujó Bernado brutalmente la puerta; había desaparecido en él la embriaguez que le había postrado en la noche y venía á preparar la partida hacia el pueblo, para avisar la llegada de las fuerzas con un día de anticipación, pues

sabía que hasta en la tarde emprenderían éstas su marcha.

—¡Eh! ¡levántese, amiga, á qué hora piensa que nos vamos!

—Ahorita; mande, señor.

Julia se levantó precipitadamente, tiritando un poco con el frío duro de la madrugada, se puso las enaguas y el saco, y empezó á ayudar á empacar la ropa, mientras él iba al corral á sacar las bestias y á amarrar las gallinas y gallos, que empezaron á alborotarse.

Mariana, como siempre, mecánicamente, hacía los trabajos más duros, yendo y viniendo con una vela en la mano.

Después, cuando estuvo ya todo listo, los dos asnos cargados con ropa, ollas, algunos envoltorios de café *torrificado*, unas botellas de *sotol*, las gallinas sujetas de las patas y algunos cachivaches más. Bernardo mandó hacer fuego, quemando una tabla vieja, y todos tomaron café hirviendo, con unos tragos de aquel aguardiente.

A las cinco de la mañana emprendieron la marcha, él en una mula y las dos mujeres en fuertes asnos.

Durante el camino, Julia, sumamente excitada, no pronunció una sola palabra, sometida como siempre á su destino de víctima.

Bernardo, que conocía perfectamente todos los caminos de la sierra, atravesó con audacia montes, tomando uno apenas transitable, bordeando los precipi-

cios, silencioso en su mula, empujando cada cuarto de hora la botella de *sotol* sin volver el rostro hacia las dos mujeres que le seguían, sentadas en los jumentos, los que con los cascos herrados, hollaban con firmeza las gigantes asperezas de aquellos montes que se suceden unos á otros con la misma fiera majestad.

La infeliz muchacha, envuelta en un grueso *poncho* americano á causa del viento glacial de la sierra, sentada habilmente en su cabalgadura, abiertos y sin firmeza sus grandes ojos negros, suspiraba de cuando en cuando, saltándosele gruesas lágrimas que no enjugaba.

Ah! aquella criatura de precoz inteligencia, natural vivacidad y sensibilidad exquisita, no debía haber nacido en aquel medio ambiente en que se agitaba un pueblo semisalvaje del que no tenía sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad.

El día 18, á las tres de la tarde, llegaron á Tomochic, adelantados una jornada á las fuerzas que al día siguiente intentarían el ataque.

Encontraron el pueblo en la mejor actitud de defensa; claraboyadas las casas de los extremos, lo mismo que las paredes de la torre, vetusta y de un solo cuerpo, que se erguía al pie del Cerro de la Cueva, el que á su vez la domina situada como está, á pico sobre el valle.

Tomochic en realidad, pequeño en población, era sumamente extenso, por hallarse sus casas disemina-

das, ligadas sólo por veredas que serpenteaban á través de las milpas y terrenos donde pastaban los ganados.

Quince ó veinte familias, desde hacía algunos días habían huído hacia los otros pueblos de la sierra, lo mismo que los raros hombres que no quisieron tomar las armas.

La casa de Cruz Chavez, sobre todo, era una verdadera fortaleza, perfectamente atrincherada y con tres líneas de aspilleras.

En ella vivían también sus hermanos José y Manuel, con sus mujeres y cuatro niños.

Un gran cerco de empalizadas solidamente revestidas de alambres con púas, encerraba dos grandes jacalones de adobe durísimo: en el intermedio de éstos había un horno, y á su lado sobre un pedestal blanqueado, una alta cruz de madera de cuyos brazos pendían listones blancos.

Uno de los jacalones contenía cincuenta y uno de los prisioneros hechos en el combate del día 2 de Septiembre.

El otro, más grande y más sólido, era la casa propiamente dicha, compuesta de tres cuartos unidos entre sí. Una sola puerta daba entrada al del centro, por el que se pasaba á los dos de los extremos.

En aquel vivían las familias de los tres hermanos, y de los otros, uno servía de bodega y depósito de municiones, y el otro, de oratorio particular de aquel nuevo pontífice del desierto, *Sancta Sanctorum* á la

que raros penetraban, al que era también, gabinete de trabajo del caudillo y alcoba del jefe de la familia.

Bernardo contó á Cruz todo lo que sabía de las fuerzas que en la mañana del día siguiente atacarían el pueblo, bajando por el Camposanto ó tomando el cerro de la Cueva que dominaba todo el valle.

Cruz, sentado cerca de la chimenea donde hervía una gran olla de café, meditó bajando sobre el pecho su cabeza melenuda; después la levantó con fiereza digna y con los labios plegados por leve sonrisa, contestó:

—No importa!... los soldados de Jesucristo no pierden... las derrotamos de nuevo. Mira, hoy nos llegaron de Yopomare seis más, de suerte que tenemos, contando á los muchachos, 113. He formado cinco guerrillas; le he mandado matar su última res á Reyes Domínguez, y las mujeres ya están cociendo gallinas y maíz. Dios nos protege. ¡Vamos á la bendición! —y saliéndole de la casa, se dirigieron por una vereda á la iglesia, cuyo atrio cercado de paredes, estaba completamente lleno de hombres que lo esperaban, todos con sus carabinas y con sus cananas provistas de cartuchos.

Los que estaban sentados en las gradas que servían de pedestal á una gran cruz que se hallaba en el centro, se pusieron en pié, respetuosamente, á la llegada del caudillo. En el atrio cubierto de lápidas fúnebres y algunas cruces pequeñas, había más de noventa hombres, vestidos con blusas blancas ó azules, pantalones de piel ó de pana y *teguas* altas, hasta las rodillas; una *canana* cubierta de cartuchos engrasados, les atravesaba

ba diagonalmente el fornido busto, y otra les ceñía la cintura.

A los sombreros de palma, de alas recogidas, estaban atados pañuelos ó lienzos blancos, que caían sobre las cabelleras incultas, sombreando rostros barbudos de ojos negros y centelleantes.

La alta estatura de Cruz, sus anchas espaldas, y barba espesa, negra y encrespada encuadrando su rostro varonil de frente espaciosa, no obstante los mechones de pelo que caían sobre ella, le daban un aire de majestad imponente y salvaje.

Los grupos se abrieron pasando él entre ellos. Entró en la vieja iglesia, sin quitarse el sombrero; subió al altar donde había un gran crucifijo; le volvió la espalda, y allí, en pie, esperó que entrase su gente.

Cuando todos estuvieron dentro, apoyando en las losas las culatas de sus carabinas, en actitud de escucharle, Chavez con voz sonora, clara y limpia, dijo:

—Hermanos, hijos de Jesucristo y de Nuestra Santa Madre María, prepárense mañana confiados siempre en *el gran poder de Dios*, á destruir y mandar á los infiernos á los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad!

Nos tratan como á bestias; nos quitan nuestros santos: nos quitan el dinero y el Gobierno nos manda soldados que nos maten... ¡Pero nosotros peleamos por el Reino de Dios!... María Santísima nos ayudará.

Nosotros no moriremos porque los que llevan la Cruz no pueden morir, si caemos heridos y al parecer

muertos, resucitaremos como Nuestro Señor, al tercer día, para poder acabar con los enemigos de Jesucristo.

¡Venceremos gritando: viva el Gran Poder de Dios!

Después sacó de la bolsa de su blusa, unos papeles, los desdobló y continuó en un tono familiar:

—He dispuesto cinco guerrillas, la primera la mando yo y se quedará aquí, en la iglesia; la segunda la manda Manuel, aquí está la lista,—se la alargó á su hermano que estaba á su izquierda,—y se vá con la tercera y cuarta que mandan ustedes (señalando á Carlos y Víctor Medrano, tendiéndoles las listas que éstos tomaron) al Camposanto; la quinta la mandan Pedro Chaparro y tú,—y señaló á Bernardo,—y va al cerro de la Cueva. Ahora ¡á hincarse!

Todos se arrodillaron bajando las cabezas; él se irguió, puso el brazo izquierdo en jarra, echando hacia atrás con un movimiento de hombros el *poncho* á cuadros negros y rojos que llevaba como un manto y que cayó á sus pies, y contempló á todos con esa mirada irresistible, acerada y dura, que caracteriza las grandes figuras militares de la historia.

Estaba impotente con su aire de conquistador y pontífice, excitando á los suyos al combate en el nombre de Dios y sus santos; resplandeciendo deslumbrante ante el fanatismo de aquella gente heroica, formidablemente armada con aquellas carabinas Winchester, en sus manos tan terribles.

Solo Bernardo permaneció en pie, sonriéndole maliciosamente; pero el pliegue que se formó en el entre-

cejo de Cruz, acentuó de tal manera la dureza de su mirada, que palideciendo ligeramente se arrodilló y bajó también la cabeza.

Y entonces, el caudillo extendió majestuosamente la mano derecha y las bendijo en el nombre de Dios y de la Santísima Trinidad!

Todos salieron á hacer sus últimos preparativos, quedándose él solamente con los jefes designados, para explicarles su plan y darles instrucciones.

Este estaba hábilmente basado en la táctica que conocía por intuición. El fraccionamiento en guerrillas lo imponía la naturaleza del terreno: Cruz comprendía que el enemigo bajaría al pueblo por el cerro del Cordón de Lino y se apoderaría del Camposanto, ó tomaría el cerro de la Cueva, llave de la posición, para dominar la iglesia y el núcleo de las casas en cuyo centro se hallaba la de Cruz que estaba convertida en arsenal y en depósito de víveres, dos únicos reductos que en caso apurado podrían tener. Así es que por eso guarneció el Camposanto con tres guerrillas que destacarían algunos hombres inteligentes, en el cerro, para anunciar la aproximación del enemigo, al cual en extensa línea de tiradores batirían en la espesura del monte, en tanto que la quinta guerrilla, establecida en el cerro de la Cueva, á la izquierda del de Lino, mandada por Pedro Chaparro, atacaría al enemigo de flanco, mientras este se batía al frente.

La primera guerrilla, compuesta de veinticuatro hombres, se fraccionaría en dos, una en su casa y otra

en la torre, desde donde él observaría las fases del combate, transmitiendo sus órdenes por medio de un Estado Mayor de quince ó veinte muchachos, vivos, audaces y agilísimos en correr y trepar por los montes.

Previno, que en cuanto el enemigo se encontrase en la difícil bajada del cerro, se tomara la ofensiva, demostrando en esto una intuición maravillosa del moderno arte de la guerra.

Comprendía perfectamente que allí podría aniquilarlos.

Encareció la importancia trascendentalísima de suprimir los oficiales y jefes, enseñando cómo debían reconocerse estos.

A las mujeres impuso la dura faena de practicar aspilleras, moler el maíz, hacer *tasajos* de carne, preparar hilas para los heridos y otros trabajos de esta índole.

A las seis de la tarde, se reunieron todos los hombres, en el patio de su casa, dentro de la empalizada; allí se cercioró de que todos estaban listos, bien municionados y provistos de *pinole* (maíz molido) gordas y *tasajo*; reconoció los escapularios é imágenes de la Santa de Cabora, y después cada jefe seguido de su guerrilla, marchó á su puesto.

Entonces, las mujeres, algunos niños y siete ancianos enfermos y achacosos, se trasladaron á la iglesia, donde debían pasar toda la noche rezando. Solamente la familia con la mitad de su guerrilla, quedó en su casa, convertida en cuartel general.

Visitó á los prisioneros, escogiendo entre ellos á cinco de los que manifestaron querer tomar las armas para defender su causa; á los demás hizo que se les llevase carne, harina y tinajas con agua. Después entró en su casa yéndose á sentar muy pensativo cerca de la chimenea donde ardía un fuego que su mujer atizaba en silencio, sin atreverse á mirar el rostro sombrío y hurraño de su marido.

Sus cuñadas la contemplaban tristemente, sentadas en el borde de sus camas.

—¡Faltan tres minutos para las ocho!—dijo Cruz de repente, viendo la carátula de su viejo reloj de plata que llevaba en la bolsa de su blusa—rezaremos el rosario.

Se arrodillaron delante de una sucia imagen de papel, clavada en la pared, y allí murmuraron un extraño rezo, compuesto por Cruz.

Cuando éste terminó, sin decir una palabra, pasó á su cuarto cerrando tras sí la puerta, dejando á las mujeres inmóviles y absortas, contemplando vagamente el fuego chisporroteante de la chimenea.

